

EDUCACION E INTEGRACION LATINOAMERICANA*

MARIO MIRANDA PACHECO**

Las características de la cultura, la filosofía y la educación, y sus conexiones mutuas, definen los rasgos controversiales e ideológicos de los enfoques con que los latinoamericanos analizan estas manifestaciones de su superestructura social. Sin embargo, cuando se trata de la educación en particular, la índole controversial del análisis es de distinto tipo. En él aparecen no sólo argumentaciones ideológicas y juicios de valor, sino también, y de modo preferente, parámetros objetivos del desarrollo, la dependencia y la integración de América Latina.

Esta característica inherente al cuestionamiento de la educación está determinada por la naturaleza y función del proceso educativo. Actualmente, en el debate sobre la educación y sus perspectivas históricas, a diferencia de lo que sucede en torno a la existente de una cultura y de una filosofía auténticamente latinoamericanas, se concede menos importancia al alegato por la oriundez de las concepciones del mundo, o por la autoctonía de ideas y metodologías, frente a la necesidad de tomar conciencia de los resultados obtenidos en el proceso educativo y de aquellos que se esperan para el futuro. Por ello, los planteamientos sobre la educación en América Latina se desplazan en el horizonte de una temática compleja y contradictoria, donde convergen problemas concretos del analfabetismo, la formación de recursos humanos, la participación social, el acceso a la ciencia, la autodeterminación tecnológica, entre otros. Los propósitos circunstanciales con que ha sido escrita esta ponencia determinan que en ella predominen proposiciones generales. Con base en los objetivos que motivan la realización de este simposio, su contenido se referirá a algunos criterios, o supuestos, que orientan actualmente a la educación latinoamericana. La exposición resumida de estos aspectos concluirá con una consideración sobre el papel que puede jugar el proceso educativo en la integración latinoamericana, sin que con ello se pretenda aportar nuevos puntos de vista al debate sobre las vías, prioridades y alcances del proyecto integracionista. En resumidas cuentas, esta ponencia es sólo un conjunto de opiniones personales y discutibles.

I

Por su esencia formadora, o por su sentido conectivo y utilitario, la educación ha sido y será considerada como un bien en sí misma. El hecho de que se le asignen significados distintos no implica que éstos se excluyan recíprocamente ni que el proceso educativo sea dicotómico; por el contrario, su naturaleza y sentido obligan a plantearla en términos de una función institucionalizada, totalizadora, susceptible de planeación en congruencia con las necesidades, medios y posibilidades de una sociedad dada. Por ello deberá comprenderse que en el proceso educativo se amalgaman principios ideales, objetivos pragmáticos y metas concretas. En virtud de esta fusión de componentes distintos, cada país organiza su sistema de educación con miras a cumplir los fines inherentes a la naturaleza formadora de las actividades específicas del proceso educativo.

Está fuera de toda duda que la educación crea e incorpora nuevas cualidades en el ser del hombre, y que su sentido está impregnado de valores ostensibles o encubiertos que la orientan en determinada dirección. Analizada desde este ángulo, podría decirse que la educación tiene un contenido cualitativamente puro y que, por ello, estaría más allá de una evaluación cuantificada. No obstante su validez genérica, esta apreciación requiere de un cuestionamiento objetivo para llegar a estimaciones precisas sobre la contribución efectiva de la educación al desarrollo integral de la sociedad. Este requerimiento es más imperativo cuando se trata de la educación superior, puesto que las instituciones que la conforman, además de cumplir la misión de conservar, transmitir y desarrollar la cultura universal, tienen una razón de ser que consiste en formar recursos humanos

*Ponencia presentada en el Simposium para la Integración Latinoamericana por la Educación y la Cultura, realizado en México del 23 al 27 de noviembre de 1981 por el Centro Coordinador y Difusor de los Estudios Latinoamericanos

**Profesor titular de la Facultad de Filosofía y Letras- Universidad Nacional Autónoma de México.

calificados que dominen, en la teoría y en la práctica, conocimientos científicos, tecnológicos y humanísticos. Estos recursos formados, en cualquier país moderno y con prescindencia de su régimen político, participan activamente en el funcionamiento del sistema productivo y en la organización y dirección de la sociedad.

Los pedagogos liberales del siglo pasado y de la primera mitad del actual fetichizaron el papel que cumple la educación. Creyeron que sólo educando a los hombres nuestros pueblos podían alcanzar apreciables alturas de progreso material y espiritual. Con sus concepciones ancladas en el positivismo de la época, o en el encubrimiento de las nuevas relaciones económicas, políticas y culturales establecidas por las metrópolis, no vislumbraron errores ni riesgos y, por tanto, no previeron que “la educación” como tal, sin considerar su tipo ni su calidad, tan ardorosamente defendida por ellos, iba a ser, con el tiempo, un factor significativo en la consolidación de la dependencia y en el estancamiento del subdesarrollo, situaciones históricas que se expresan a través de diversas cargas heredadas, distintos niveles de atraso y persistentes formas de dominación externa. Para superar tal estado de cosas se realizan intentos integradores partiendo de acciones comunes en las cuales, de manera más implícita que explícita, la educación ha empezado a jugar su parte.

No obstante los relativos logros alcanzados tanto a nivel global como regional, los mecanismos y órganos de integración latinoamericana tropiezan con grandes obstáculos para llevar adelante empresas integradoras de sana inspiración. No se trata sólo de diferencias relativas al tamaño, al producto nacional bruto o al volumen del comercio exterior de nuestros países, que parecerían ser las cuestiones prevalecientes, sino de situaciones preconstituidas de orden cualitativo que agudizan divergencias económicas, crisis políticas y conflictos culturales. En atención a la complejidad del proceso de integración, los proyectos aprobados en el marco interestatal, y en otros de carácter interinstitucional y organizacional, reflejan tendencias y propósitos multiformes que, en general, inciden en el proceso educativo como campo insoslayable de acciones comunes. Este cambio de óptica que permite ampliar los horizontes de una integración puramente económica, se explica con diversas razones.

En las últimas décadas ha surgido una actitud más consistente para examinar los asuntos propios y concomitantes del proceso educativo. Se ha comprendido que la sociedad y la economía son determinantes en la esfera de sus causas o en el ámbito de sus funciones y efectos. Desde este punto de vista y con miras a una planeación eficaz y operativa, prevalece el convencimiento de que la educación no es un proceso autónomo sino un factor esencial del desarrollo, sujeto a tantas condiciones, variables y determinaciones, que analizarla con procedimientos praxeológicos es asunto de gran complejidad. Por otra parte, también se reconoce que lo que se ha avanzado en educación todavía no tiene la eficacia necesaria para enfrentarse a tareas no previstas por los pedagogos y políticos de las élites de ayer.

Los diagnósticos cada vez más frecuentes y rigurosos revelan significativas carencias en el desarrollo del proceso educativo. Con base en los análisis que se elaboran, cada país se propone reformas que tropiezan con problemas de difícil solución. Por ejemplo, en los proyectos que tienden a superar la condición histórica de la dependencia se plantean metas y objetivos que, a menudo, chocan con limitantes estructurales de distinto tipo, por mucho que el discurso reformista asuma tonos drásticos. A pesar de los obstáculos que impiden la ejecución de planes y programas conducentes a fines mejor deseados, en la mayoría de los países latinoamericanos se ejerce actualmente una política educativa modernizante y de relativa uniformidad. Su fondo consiste en tomar la educación como un medio que permita el logro de aspiraciones congruentes para elevar los distintos niveles de vida de la sociedad, incorporar grupos marginados, formar recursos humanos e insertar el proceso educativo en la perspectiva de integración latinoamericana. Sin embargo, el ideario reformista, no obstante la nitidez de sus fines, no propone ni prevé cambios significativos en el condicionamiento material de su sociedad ni en el funcionamiento de sus instituciones.

II

De manera general, en América Latina se concede atención preferente a la expansión y reforzamiento de los servicios educativos, con miras a que su eficiencia contribuya a romper las barreras del atraso y a formar recursos humanos para el desarrollo. Estos objetivos destacan la función que debe cumplir la educación en la actual coyuntura, marcada fuertemente por la revolución tecnocientífica, el enfrentamiento de dos sistemas de vida y la generalización de una crisis que se hace cada vez más profunda en los países dependientes. Ciertamente la generalización y profundización de la crisis no han de remediarse sólo con proyectos pedagógicos en un presente cargado de riesgos y zozobras, sino con el surgimiento de un nuevo orden internacional que no inhíba ni frustre la autodeterminación de nuestros países. Se supone, obviamente, que instaurar dicho nuevo orden no será el resultado de la benevolencia de los países hegemónicos o de concesiones graciosas del sistema imperialista, sino del esfuerzo unitario y de la lucha tenaz que libran los países dependientes incluyendo los latinoamericanos.

No obstante la elaboración de nuevos modelos educativos, se producen distorsiones notorias al apreciar la correlación existente entre desarrollo económico-social y educación. Las tendencias ideológicas de la modernización imperialista estimulan la propagación del dogma tecnocrático del desarrollismo en las esferas de dirección de la sociedad. Si antes se consideró a la educación como un talismán, ahora y en mayor grado se sacraliza el concepto de desarrollo sin tomar en consideración que, en las condiciones actuales de América Latina, ese concepto también es otro fetiche. La experiencia demuestra que el proceso de industrialización iniciado entre las dos guerras mundiales, fue insuficiente para satisfacer las necesidades de las masas populares y crear condiciones adecuadas para una educación nacional democrática y científica. El carácter fragmentario del proceso de industrialización, destinado a producir bienes para el consumo de las clases altas y reacomodar las relaciones externas de la dependencia, agudizó el empeoramiento de las condiciones de vida tanto en el campo como en la ciudad. Estos hechos, concomitantes con la concentración del ingreso en manos de los menos, el aumento de los índices de pobreza y la alienación del proceso educativo, son signos ostensibles del fracaso del modelo desarrollista. Su funcionamiento deformado por la expansión de las transnacionales y el fortalecimiento de sus aliados nativos, trabó con mayor rigor la relativa autonomía del Estado impidiéndole el ejercicio de una política educativa orientada a la solución de grandes cuestiones nacionales, tales como el analfabetismo, la marginalidad, el mercado de trabajo, el fomento de la investigación científica, el desarrollo de tecnologías adecuadas y otros muchos más que derivan del trinomio educación-producción-desarrollo.

En el choque del dogma desarrollista con la realidad del atraso, los expertos latinoamericanos y del “tercer mundo”, basados en el supuesto de que la educación es una distribución de oportunidades, proponen y ejecutan reformas educativas de diverso tipo. Este supuesto tiene características de un criterio subjetivo y podría ser válido en el universo de los conceptos vacíos, abstractos, si se tomara la realidad latinoamericana como una entidad ideal despojada de su estructura social, del funcionamiento de su economía y del control del poder. Las reformas propuestas, usualmente, son documentos declarativos, retóricos y de relativa consistencia. En ellas subyace toda una estructura conceptual y jurídica de la educación; se establecen normas que tienden a armonizar aspiraciones de las masas rurales y urbanas con los intereses de las élites dependientes y modernizadoras que dirigen la sociedad y el Estado. Se señalan determinados medios y mecanismos sin tomar en cuenta que la distribución de oportunidades, en una sociedad no modificada, es un criterio anclado en el supuesto mar sereno del *statu quo*.

Por ello, al asimilar este supuesto como fundamento teórico de la reforma educativa, no se deduce de él la garantía de una efectiva y democrática adquisición de bienes culturales, ni el libre acceso de los distintos sectores sociales a las escuelas, institutos y universidades y, mucho menos, el beneficio inmediato que esperan vastos sectores sociales y grupos étnicos marginados. En definitiva, los proyectos educativos sustentados en el criterio de distribución de oportunidades, al no modificar la estructura social ni el funcionamiento de las economías dependientes, devienen en un ejercicio burocrático manteniendo las causas que obstruyen la vía del desarrollo que se busca.

Otro criterio generalizado en las orientaciones actuales de la educación en nuestros países es el de la preparación de la fuerza de trabajo. Distintos teóricos de la educación, y desde diferentes puntos de vista que

abarcan tanto tendencias neoclásicas del capitalismo como concepciones populistas y propósitos socializantes, le llaman formación de capital humano o capacitación de mano de obra ya calificada. En el fondo, de lo que se trata es de aumentar y/o mejorar la fuerza de trabajo. Esta categoría socioeconómica incluye tanto el trabajo físico de la mano de obra que participa en la agricultura y las industrias extractivas y de transformación como el trabajo intelectual de quienes dirigen la producción, controlan la distribución de la riqueza social o ejercen el poder social y político.

El criterio de ampliar la fuerza de trabajo, o mejorar cualitativamente a la ya existente, es parte de la política educativa que prevalece en los países en desarrollo. Por las condiciones que privan en América Latina, este criterio se refleja en acciones tendientes a modernizar aquellas fuerzas productivas que se adecúan en mejor forma a los requerimientos de la industrialización fragmentaria y al sector terciario de las economías dependientes.

Las reformas educativas orientadas hacia este objetivo responden a las relaciones específicas de América Latina, alteradas por presiones externas de diverso tipo y por el poderío de las empresas transnacionales. El modelo y el sistema que se implantan distorsionan los justos requerimientos de más y mejor educación para nuestros países. Su funcionamiento de aparente neutralidad social revela inadecuación para emanciparse de la dominación extranjera, del control intransigente de la tecnología y de la explotación económica y social de los monopolios. Este modelo de indudable utilidad adolece de una falla: no propone ni difunde valores históricos y políticos en la formación del capital humano. La toma de posición frente a esos valores determinará que los hombres que componen dicho capital no sean sólo factores de acumulación, sino personas capaces que le impriman al desarrollo un sentido liberador e integrador para lograr economías nacionales independientes y alcanzar la autodeterminación tecnológica de nuestros países.

La formación de recursos humanos por las vías del proceso educativo es una necesidad ineludible. Crece su importancia en la medida en que aumentan los niveles de complejidad de las sociedades dependientes. Por ello es que su planteamiento es inobjetable en todo sistema educativo. Sin embargo, cuando se trata de América Latina, se observa que en nuestros países se presentan fenómenos diversos, tales como la desocupación y el subempleo de profesionales, o la denominada “fuga de cerebros”. Estos fenómenos se deben, en lo fundamental, a defectos estructurales de nuestras economías y expresan, en lo que a educación se refiere, un desequilibrio de la relación educación-empleo, desequilibrio que, a su vez, es consecuencia del atraso y el subdesarrollo. Estos fenómenos se asocian con otros, derivados de la inestabilidad política y, en su conjunto, reflejan una grave crisis de hegemonía de las clases dominantes que no han comprendido hasta ahora el papel regresivo que cumplen al asociarse con intereses foráneos.

Otro criterio que prevalece en la educación latinoamericana es el de la generación y socialización de ideología. Comentar acerca de su significado “funcional” implica considerar dos aspectos: por una parte, que la educación institucionalizada constituye un aparato reproductor y socializador de formas ideológicas con que se justifican y reproducen las relaciones sociales existentes; por otra, que el orden ideológico en América Latina ha ingresado a una fase crítica que se expresa en las contradicciones que afloran a través de diversos movimientos sociales y políticos.

En lo que toca al primer aspecto, es oportuno recordar que las funciones reproductoras de ideología asignadas a la educación no son espontáneas; por el contrario, están estructuradas en organismos concretos, que en su globalidad y funcionamiento constituyen un aparato ideológico. En virtud de la eficacia del aparato y con prescindencia del régimen político-social, la educación es un medio imprescindible para reproducir modos de vida y lograr la persistencia de ideas y valores dominantes. Por ello, los fines que orientan el desarrollo del proceso educativo surgen de condiciones específicas y son postulaciones idealizadas por las instancias del poder social y político. Su formulación refleja intereses y posibilidades de las clases dominantes que, desde su posición hegemónica, tienden a estabilizar o superar situaciones coyunturales que se dan entre la base material y el orden ideológico de una sociedad dada.

En cualquier país, por más avanzado o atrasado que sea, el aparato educativo, situado en la región más sensible de la superestructura, tiende a reproducir las relaciones sociales existentes. Por ello, la educación institucionalizada no es factor ni causa de un sistemocidio. Las clases dominantes del capitalismo hegemónico

o dependiente no instauran deliberadamente un proceso educativo que aniquile el sistema en que existen, como tampoco otro sistema, por ejemplo, el socialista, podría crear y estimular un aparato educativo que destruya la sociedad en que se desarrolla.

Las élites latinoamericanas que dirigen la sociedad y el Estado, para preservar el sistema que les beneficia, adaptan el funcionamiento del aparato educativo a sus necesidades actuales. Al favorecer el crecimiento económico y estimular ciertos cambios ideológicos en la educación instituida, propagan, preferentemente, ideas de la modernización consumista y contravalores que desvanecen la identidad cultural de sus respectivos países. Estas actitudes, aunque aparentan ser útiles a una burguesía denominada nacional por su adscripción geográfica, pero dependiente por su papel histórico, se integran en la dinámica de la civilización cosmopolita que imponen las potencias hegemónicas y propagan las empresas transnacionales, principalmente las que participan en la impartición de enseñanza, controlan la industria editorial y manipulan los medios de comunicación social.

No obstante el poderío de los monopolios, la radicalización antidemocrática de los círculos imperialistas y el autoritarismo de ciertos regímenes latinoamericanos, la función ideológica de la educación está en crisis. Los vastos movimientos de autodeterminación nacional, reprimidos o triunfantes, expresan sus objetivos estratégicos en la formulación de modelos formativos distintos a los que se conocen en la historia de una educación mediatizada por la dependencia. Los hechos que se viven actualmente en América Latina, además de reflejar tendencias definidas en los propósitos de romper los vínculos de la dominación externa, modificar la estructura social y alcanzar un desarrollo autónomo en nuestros países, configuran una situación en la cual la educación adquiere el nivel de un nuevo cuestionamiento cuyas implicaciones trascienden los límites de este trabajo.

III

La educación, el desarrollo y la integración latinoamericana se han asimilado como elementos esenciales a la lógica de nuestra historia contemporánea. Se ubican en las perspectivas de una causalidad lineal y se imponen como una necesidad inobjetable. Cada uno de ellos, por su significado intrínseco, representa un proyecto complementario e implicativo. Las raíces de su complementariedad penetran en los profundos estratos de un pasado común, en tanto que los signos de su implicancia aparecen en las dimensiones del presente y del futuro. Educación para un desarrollo autónomo; integración para una educación desarrollada; tal es el proyecto intuitivo de las fuerzas sociales identificadas con el destino de América Latina.

Por la plenitud de su validez, al margen del análisis científico y de consideraciones críticas, podría decirse que la educación, el desarrollo y la integración de América Latina se perciben como hechos previsibles en la accidentada marcha de nuestra historia. La espontaneidad con que se han generalizado es una prueba de que su planteamiento y ejecución atañen no sólo a los Estados, sino a los hombres, a millones de hombres que nacen, viven y mueren por la consumación de estas aspiraciones. Sin embargo, y no obstante su potencia movilizadora, el proyecto global apenas se ha iniciado y se mueve, todavía, en un ámbito de anhelos y propósitos.

En tal estado de cosas, la educación, el desarrollo autónomo y la integración no subordinada a poderes extraños, se manifiestan como ideas claras y distintas que sustentan la actividad consciente de diversas fuerzas. A este consenso llegan las masas populares y las élites, pero por distintos caminos y con diferentes propósitos. Las primeras vislumbran en la ejecución de esas ideas la posibilidad de ganar un escalón frente al atraso y acelerar la lucha por su liberación; las segundas buscan resultados circunscritos al estatuto modernizador de estructuras caducas de la sociedad y el conocimiento. Unas y otras se enfrentan para retener o ganar la dirección de un proceso complejo y contradictorio. Ahí, entre esas fuerzas y de por medio, están en juego la educación y la identidad cultural.

La integración de América Latina es proyecto enraizado en anhelos decantados a través del tiempo. Se remonta a un pretérito remoto, explorado como manantial de fallas estructurales, y se sitúa en un presente cuajado de frustraciones derivadas de factores internos y de los que impone la dependencia, o de esperanzas

fincadas en la voluntad de nuestros pueblos. Este proyecto por sí mismo, se eleva al nivel de un mito vivo. Tiene la virtualidad de catalizar nuevas energías y crear condiciones propicias para un proceso educativo que, en el nivel superestructural que le corresponde, refuerce la independencia nacional, afirme nuestra identidad cultural y contribuya a ejercer un nuevo tipo de democracia. Esta posibilidad implica que la educación en América Latina debe ser considerada no sólo como un componente del desarrollo económico y social sino, ante todo, como un paradigma que guíe el proceso liberador de hombres y pueblos.